

FR.
863.6
96432
CE

El autor.

EGOISMO



EGOISMO...?

CLAUDIO GONZALEZ RUCAVADO

EGOISMO...?

(novela costarricense)

El amor de todas las glorias, de todas las virtudes es la llama que me sirvió de guía; poderoso y santo fué mi norte, y condujo a mi ambición por el más noble de los caminos.

KLOPSTOCK



IMPRENTA ALSINA
SAN JOSE, COSTA RICA

1914



CONVALECIENTE

I

ERA octubre; las nubes entoldaban el cielo, la atmósfera estaba gris. Llovía sin cesar desde el amanecer; al rayar el alba, con tal fuerza, que los de la casa se despertaron por el ruido de los goterones en el tejado de zinc y en el patiecito empedrado. Pero el frío hizo arrebujarse en las cobijas a los dormilones, y pensar con deleite que estaban al abrigo del mal tiempo y se levantarían tarde.

A las ocho de la mañana ya todos estaban en pie, menos Luis, quien, convaleciente aún de su enfermedad, pidió que abrieran los postigos de las ventanas de la calle para tener luz en la tibia habi-

tación y mirar afuera. La criada separó las maderas. Él se incorporó en su lecho, perezosamente, y miró con ansia a través de los vidrios medio empañados. Caía lluvia menuda; no resplandecía el sol, y se veía todo envuelto en esa semi-oscuridad propia de los días lluviosos y tristes de octubre. Las canales de los aleros de enfrente, rotas, lloraban hilos de agua; las calles cenagosas, las aceras llenas de pocillos y sucias de fango, como los zapatos de los transeuntes que, con los paraguas abiertos, corrían de una a otra acera. De cuando en cuando pasaban carretas: el boyero con la ahijada al hombro, en mangas de camisa, arrollados los pantalones hasta media pantorrilla; los bueyes con el pelo pegado al cuerpo y evaporando.

La criada, con algunas ropas de cama, salió; y Marta, señorita recién graduada del Colegio Superior, se apartó para dejarle paso y evitar que tropezara con una bandeja llena de cosas que traía, y que colocó sobre el velador, saludando al mismo tiempo a su hermano y diciéndole:

—Te traigo un desayuno como el Doctor lo ha ordenado.

Luis le contestó el saludo; le dijo que había dormido mucho mejor, sobre todo en la madrugada; y le preguntó si el médico había anunciado cuándo podría salir, porque lo tenía fastidiado un encierro tan largo; aunque comprendía que si el tiempo no

cambiaba era natural no pensar en echarse a la calle con aquella humedad. Marta le explicó que el médico sí lo permitía, pero su madre, llena de cuidados y temerosa de pasar otro susto semejante al que él les había dado con la terrible caída del potro y con la fiebre, mantenía reserva, esperando que el tiempo mudase para que sin riesgo pudiese el convaleciente salir la primera mañanita de sol que hiciera. El oven sonrió agradecido y enderezó el cuerpo para tomar el desayuno. Marta se retiró contenta de ver a su hermano tan mejor, ya hablando de largarse a la calle.

Más tarde entró en el dormitorio la madre, señora hermosa, no vieja y, sin embargo, con algunas gueejas enteramente blancas, que hacían resaltar la negregura de la cabellera, y sentóse al lado del enfermo en convalecencia, que ya vestido mataba el tedio con las poquísimas escenas sin interés de la calle. La lluvia pertinaz, a ratos se convertía en torrenciales aguaceros que duraban poco: eran chaparrones cuyas gruesas gotas se estrellaban con furia en los cristales de las ventanas produciendo un ruido ensordecedor. Después continuaba lloviznando.

—Hoy no han venido a preguntar por ti; dijo la señora refiriéndose a alguien conocido. ¡Quién sabe si creen que ya estás bueno y más bien te esperen allá!

—No sé; dijo Luis con viveza. Ud. me ha dicho

que durante mi enfermedad han mostrado interés por mí. Se los agradezco. Pero estoy casi seguro de que ese interés ha sido sólo de ella. Ya Ud. sabe que, aun cuando la madre es muy atenta, el padre, al notar el cortejo a su hija, se volvió un poco reservado conmigo.

—No seas injusto, Luis. Bastantes atenciones debes a esa familia; y bien comprenderás que por mucho que estimaran a tu papá, sin formalizar nada tú, no podrían decorosamente meterte la mu-chacha por los ojos.

—Tiene Ud. razón. Es para ellos punto de dignidad. Veo bien que me pasa algo singular, que debe de ser una injusticia; pero ¿cómo lo evito? Y es, que estoy plenamente convencido de que Felicia me quiere, y en vez de agradecersele y rendirme, a veces experimento desvíos inexplicables, aunque fugaces. No puedo menos de acordarme de la canción popular que Ud. nos cantaba cuando niños, para arrullarnos:

«No hay árbol que no tenga
sombra en verano,
no hay niña que no quiera
tarde o temprano.

¡Pero los hombres,
pero los hombres
cuando se ven queridos
no corresponden!

No hay casa que no tenga
su pie de esquina,
no hay niña que no sea
constante y fina.
¡Pero los hombres,
pero los hombres
cuando se ven queridos
no corresponden!»

Es singular, mamá, aun sintiéndolo, muy a mi pesar, se me ocurren tonterías contra nuestro amor, ya sea con respecto a la familia de Felicia, ya sea pensando en la misma Felicia: como si buscara yo impedimentos...

—Y ¿qué será ello, hijo? ¿Será la tranquilidad con que amas y eres correspondido, que no has tenido contratiempos, y que el amor de la juventud se enciende y agiganta con los desdenes, los celos, las oposiciones...?

—Otro día conversaremos de eso. En este momento amo muchísimo a esa niña. La enfermedad ha hecho quizá más sensibles las fibras del corazón. Y volviéndose a su madre, agregó con ternura:— aunque no como a Ud., que la quiero con cariño distinto y como a nadie. La madre sonrió satisfecha, se levantó del asiento para retirarse, y con cierta filosofía le replicó:

—¿Porque estoy presente...? Como dices debiera ser.

—Ahora, dijo él, deseo escribir una carta.

—Entonces, repuso ella, cerraré la puerta que da al patio para evitar la corriente de aire húmedo, mientras pasas al escritorio; podría hacerte daño.

—Como guste, mamá.

II

Querido Carlos:

Después de tantos días en que mi pobre cabeza no hizo más que delirar por la fiebre, que estuve a las puertas de la muerte, heme aquí ya curado y dispuesto a contarte mis cosas, que no ha de ser siempre politiquilla de esta nuestra patria lo que haya de escribirte. Figúrate que vamos juntos del brazo cambiando nuestras intimidades y que me vas escuchando como en aquellos lindos atardeceres en que, al par que el sol nos envolvía en sus últimos rayos pálidos, y adormecíamos nuestros corazones en el crepúsculo, ebrios de juventud y amor, tú soñabas con la virtud excelsa y otras grandezas. Sí, y prepárate a leerme pacientemente, porque hoy los asuntos del corazón me interesan más; y sé que a ti también, como a todo el mundo. ¿De qué vivimos, pues? La vida sin afectos, sin ternuras, parecería una máquina grosera y chillona.

Sabes también que cuando me pongo a escribirte, no sólo deseo comunicarte con fidelidad todo, sino que no quisiera dejar la pluma por no cortar la corriente de ideas que despacho para ti.^a Pensando en esto, ¡cómo bendigo esta admirable y grandiosa institución que se llama correos y telégrafos! Los hombres que en tan pocas cosas están acordes, tan egoístas, ¡cómo han creado esa red ideal y maravillosa que allega el miserable al potentado, que nivela efectivamente al blanco, al negro, al chino y al indio, que salva los campos de guerra, la desolación y las ruinas, que acorta las distancias, que hace al ausente presente, que pone en comunión todas las almas: eso es hermoso y cuasi divino! Las naciones debían aunarse para elevar al correo el monumento más grandioso y atrevido.

En efecto, cuanto más continuas son las comunicaciones más se fortalecen los eslabones con que las almas se encadenan; lo mismo que cuanto más se tratan las gentes menos se aborrecen.

Aquí, nos haces falta tú. Fuera de eso, la urdimbre de hilos domésticos que tejen las vidas de mamá, Marta y la mía va bien, como podría darse sin locas ambiciones, conformes y acogidos todos a la dulce esperanza que es una eterna alborada. Mi madre goza ahora de cabal salud, compensa sus congojas y afanes de otra época, preside las idas y venidas, los tejes y manejes de sus dos hijos, inter-

viniendo como una amiga leal en nuestras cosas y penetrando con solicitud hasta el fondo de nuestros corazones: así cree ella cumplir fielmente sus deberes de madre, estar presta a precavernos de los peligros, y goza nuevamente repitiendo en sus hijos la juventud ya ida.

En cuanto a Marta, lo que temía resultó: está enamorada, como una Eloisa, de Alfredo, a quien por ser tan reservado no he podido conocer aún. Y le ha embargado la atención Alfredo mucho más que el canarito que antes de irte le regalaste; ahora, sobre todo, que Alfredo no está aquí sino en la finca de su padre a donde fué a trabajar. No hemos permitido que ella le escriba. Dice mamá que eso de cartas amorias entre nosotros, con nuestras costumbres, en los trópicos, no conviene a las señoritas. Tú y yo pensamos que la experiencia le da la razón. ¿No es verdad? Finjo indiferencia para esos amores; pero por dentro va la procesión, porque me quiero tanto que siempre temo descalabros, y evito lágrimas en casa, y habladurías de la gente a costa nuestra.

En cuanto a mí, aquí estoy, cortejante asiduo de Felicia. Me impulsaste y seguí tu consejo: navego por el infinito piélago de las ilusiones. Dos meses después que ella volvió del campo con su familia, resolví ir a su casa, a reanudar las visitas que les hice a la finca. Me recibieron bien. Felicia hace

prodigios, digo, por agradarme. Me estudia como si valiera yo la pena de tomarse tal trabajo; quiere que sus ideas se asemejen a las mías, y, no lo dudes, lo consigue: primero porque eso no es empresa romana ni mucho menos; y segundo, porque el arte de las mujeres para adaptarse al hombre que verdaderamente aman es admirable. Tiene para mí Felicia el perfume de esclavitud que dijo el poeta tenía su amada. He dicho demasiado; parezco petulante y vano; pero esta carta es sólo para ti, y lo que a nadie diría, sino sólo a mi corazón, lo vacio en el tuyo, que es arca cerrada. Y no te alego en mi favor lo que decías a menudo: que el amor fuerte de los hombres es orgulloso.

Casi todas las tardes voy a su ventana; y ya anocheciendo me retiro. Vive ahora en una casa bonita, de un solo piso, precisamente en la misma calle en que vive Alfredo y bastante cerca de él. La casa tiene cuatro ventanas y dos puertas a la calle. Dos de las ventanas pertenecen a la sala principal, y las otras, puerta de por medio, a la oficina del papá. La puerta principal da a un ancho zaguán muy bien pintado, con piso de mosaico; en el fondo, grandes cubos llenos de palmeras lo adornan. El zaguán tiene en sus costados sendas puertas que dan acceso, una a la oficina, y la otra a la sala de recibo. Como ves, la disposición de la casa es común aquí, pero es elegante, limpia y cómoda. Por

supuesto, es muy distinta de la que tú conociste, aquel pabelloncito del alto de la Estación, tan primoroso, rodeado de jardines.

Supongo que tus asuntos van bien; que concluiste brillantemente el negocio de que me hablabas en tu última, y que a estas horas estarás enfrascado en los estudios que ibas a emprender. Te saludan Marta y mamá. Todos deseamos volverte a ver bueno y contento. Sin más por hoy, recibe un abrazo de tu inolvidable amigo,

Luis

III

La salud mejoraba con los cuidados y por la fuerza de la juventud, tanto que pocos días después volvió a la oficina, sin que su aspecto revelase el mes y medio de cama que había alterado la tranquilidad habitual de su hogar. Sus compañeros dijéronle que sólo porque les constaba su enfermedad no la ponían en duda, pero que no tenía exteriormente signo que la demostrase. Sin embargo, como eran sus primeras salidas y el tiempo seguía lluvioso, retirábase temprano del bufete.

Un día acababa de trasponer el umbral de su

casa cuando llamaron levemente a la puerta, y él no tuvo más que volverse y abrir. Su sorpresa fué grande al encontrarse con Felicia y una prima de ella, y oirla preguntar, roja como una amapola, por Marta, y también por la salud de él. Luis las recibió galantemente, las introdujo en la sala, y una vez que las dejó sentadas en un pequeño sofá de Viena, fué a llamar a su hermana, que se hizo esperar apenas el tiempo necesario para pasarse de prisa la *mota* de los polvos por la cara y quitarse el delantal.

Marta y sus amigas se besaron; y comenzó después la charla de modas, de sombreros, de pedidos de estrenas a los almacenes europeos, y también acerca de sus amigas y de sus amigos; se dieron mutuas quejas por incumplimiento en el cambio de visitas, a veces con la gravedad de las personas mayores que discuten cosas serias de la vida, a veces con la picaresca y gárrula alegría de los pájaros en las mañanas de abril.

A poco Luis volvió a la sala a participar de la plática y se colocó al lado de Felicia. Entonces Marta y la otra niña, sin decirse nada, con toda naturalidad, se fueron a la ventana. De modo que Luis pudo dirigirse sin testigos a Felicia:

—No pensaba yo al venir de la oficina que iba a tener la dicha de encontrarla. He recibido una sorpresa agradabilísima y le estoy agradecido.

Felicia acomodó los diminutos pies en un almohadoncillo que estaba en el suelo; bajó los ojos y se le encendieron las mejillas. Parecía así una figurita de porcelana, aérea, encantadora. Y jugueteando sus gráciles dedos con el encaje de su primorosa blusa blanca, sin levantar los ojos, dijo, visiblemente emocionada:

—¡Hace tanto que no nos vemos! Todos los días enviábamos de casa a saber de su salud... Y esperaba yo con miedo una mala razón. Recé mucho por usted... Y mis oraciones han sido oídas.

—No lo dudo ni por un momento, sus oraciones han contribuído poderosamente a mi curación. No estuvo usted, Felicia, menos recordada durante mi enfermedad. No hice otra cosa que pensar en usted, mucho, mucho, y forjar en mi cabeza calenturienta mil proyectos para nuestra dicha futura. Y si, como ahora, entonces hubiera estado usted cerca de mí, más pronto habrían huído mis males.

—Hoy, con pena estoy aquí... Ud. lo comprenderá; pero sabedoras de que Ud. salía a la calle y no iba por casa, me puse recelosa. Diciendo esto miró a Luis, y en seguida se prendió mejor al pecho unos claveles y margaritas que traía, cual si intentase llamar la atención de su interlocutor a las flores, y continuó: Vine sin decirlo a nadie, sólo a mi prima, que me guardará el secreto, por visitar a su hermana y saber yo misma de Ud. Y lo hice

así, porque como Ud. tiene unas cosas incomprendibles... no sé qué pensé...

—No hay nada incomprensible en mi conducta. Si antes no fuí a verla fué porque no quería presentármele convaleciente.

—Vanidoso, está Ud. muy bien. Al que no lo sepa tendrá que contarle que ha estado en cama para que se lo crea: el semblante suyo no lo revela.

—Justamente así me lo dicen. Le aseguro que desde mañana reanudaré mis visitas; y que en todo este tiempo no la he olvidado un instante, al contrario, he suspirado por verla. Y hoy no me cabe la alegría en el cuerpo. El día está oscuro y, sin embargo, me parece que rayos de sol penetran en mi cuerpo. Me siento feliz.

La pucela enamorada y mimosa, que hacía rato deseaba que su novio le pidiera las flores, resolvió, después de oírlo, dárselas, diciéndole con gracia seductora:

—Tome Ud. En su escritorio se verán muy bien. Y disimulando lo que acababa de hacer, interpeló sonriente a sus compañeras de la ventana:

—¿Qué están Uds. diciendo de mí?

—Nada, Felicia, que son lindas las flores y la dueña se parece a ellas.

—¿De veras?...

Y la prima, en un arranque, como obedeciendo a un pensamiento imperioso, dijo:

—Felicia, ahora sí, vámonos, ya es tarde y nos pueden regañar. Acuérdate que desde las dos y media salimos y nadie sabe en dónde estamos.

—Ya voy. Tienes razón. Y se levantaron al mismo tiempo que metían los largos alfileres con cabezas redondas, en sus sombreros de paja de Italia. Después besaron de nuevo a Marta, dieron la mano a Luis, y se alejaron recomendando a Marta que les pagara pronto la visita.

Luis y su hermana, desde la acera, quedáronse viendo a las jóvenes hasta que doblaron la esquina. Después los dos hermanos se metieron en la casa, cerraron la puerta, y Marta exclamó con el mejor humor:

—¡Picaronas, esa visita no era para mí sino para este señor! ¡Pero qué bonita estaba! Tan sencillo el vestido y tan elegante. Los ojos azules, tan hermosos, los tenía húmedos de alegría: le brillaban juguetones como si tuviesen una luz por dentro... Las dos venían de la iglesia; y Felicia estaba desatinada por saber de ti. Ese ramo que te dió se lo vi prendido al pecho, y le lucía. Esa criatura no puede ocultarlo, te quiere muchísimo. ¿Estás contento?

—Ya lo creo. Felicia estaba linda y muy buena conmigo. Estas flores son un presente con el cual quiso agasajar la recuperada salud mía.

—Sí; me contó la prima, que eran de un primoso ramillete que llevó a la iglesia, del cual quitó esas flores para ti.

IV

Llegó por fin una tarde soleada. Los celajes de brillantísimos y variados colores no decoraban sólo el Occidente: extendían el reflejo de sus luces en contorno del valle, tiñendo de violado y rosa el cielo y las montañas. Las calles no estaban polvorientas; en los semblantes de los transeuntes y en la tranquilidad de su paso adivinábase que disfrutaban del buen tiempo.

Después de comida, Luis se vistió; echóse al bolsillo una novela de Lamartine y marchó a la calle, dispuesto a gozar con la puesta del sol desde la altura del Parque Nacional. La tarde le pareció espléndida; pero no se había escondido aún el astro rey, cuando Luis bajó la cuesta, llena el alma de dulces emociones, filosofando melancólicamente, ansioso por ver a su figurita aérea. Un deseo lánguido e infinito de cosas vagas y sublimes se apoderó de su alma. ¿Eran florescencias del amor? Tal vez; pero también la naturaleza del joven parecía llamada a desenvolverse en un campo extenso en donde sus facultades y los impulsos de su corazón no se limitarían por la monotonía y aridez de la vida vulgar. Sabía que la cabeza es un mundo y que en ese mundo podía vivir alejado de todo; mas eso era egoísmo

y frunció el ceño con repugnancia. ¿No tenía el deber de contribuir a la felicidad de todos? ¿No era él mismo parte de ese monstruo desgraciado que se llama la humanidad? Otros podían pensar sólo en ellos y burlarse de los demás, hasta de los que se sacrifican por el bien común; él no era de esos. Dios habíale dado corazón, y experimentaba un fuerte impulso a lo grande, a hacer partícipes a todos los hombres, de la verdadera dicha, la de sentir íntimamente el bien, la verdad y la belleza, únicas realidades sanas, aunque así no lo comprendan todos. No, no era egoísta. Entonces meditó en esa palabra cuyo significado era exclusión, y a poco cayó en la cuenta de que él era egoísta también; un egoísta bien inspirado, que tenía la fortuna de buscar su sola satisfacción en lo que podía ser la dicha ajena... ¿Pero su amor a Felicia no era un egoísmo vulgar...?

No mostraba ya el sol en el horizonte más que una parte de su disco, algo así como el corte de una uña roja, inmensa, cuando llegó Luis a una de las esquinas de la cuadra en que tenía su vivienda la joven de sus ensueños de amor puro. Acodada en el alféizar sobre un almohadón de terciopelo carmesí, Felicia asomaba el busto encantador por la abierta ventana. Luis se acercó lentamente a ella y, sombrero en mano, la saludó con efusión.

—Hace rato lo espero. Ya creía que no lo iba a

ver hoy. ¿Por qué ha llegado tan tarde? Dijo la joven a media voz y con un mohín de impaciencia.

—Fuí solo al Parque, arriba, a ver la puesta del sol; abandoné el Parque para venir a contemplar el otro sol que me ilumina aquí abajo como una alborada de venturas: los dos se completan y me hacen amar la existencia.

Sacó del bolsillo la novela elegantemente impresa; abrióla por la página primera y escribió: «Para Felicia», la fecha y sus iniciales; cerró el libro y lo extendió a su amada, quien, llena de curiosidad, lo dejaba hacer sin decir palabra. Ella lo recibió, leyó la simple dedicatoria, y luégo el título que decía: *Graciela*, y se puso a hojear el libro en silencio. Entre tanto Luis la contemplaba con indefinible satisfacción: vestía ella blusa azul llena de alforchitas horizontales, adornada con encajes blancos; estaba graciosamente recogida la seda perfumada de su cabellera; y bajo las bandas de pelo asomaban los rosados lóbulos de las orejas, cada uno con un zafiro; la respiración, por la actitud, le ensanchaba y deprimía el pecho cual si el corazoncito quisiera escapar de su cárcel para juntarse al del amado, que con arrobamiento la miraba. Cuando Felicia concluyó de hojear el libro, preguntó:

—¿Es bonita?

—¿Quién, Ud? Sí, mucho, pero mucho.

—Digo la novela.

—Ud. lo sabrá así que la lea. Prefiero que usted misma se responda.

—Nunca me dice si son bonitas o no las novelas que me trae.

—Es claro. Pueden serlo para mí y no para usted. Ya veremos si ésta le agrada tanto como la *Evangelina* de Longfellow. Así que la haya leído, le preguntaré: ¿Le gustó?

—Bueno, la leeré. Fué a colocar el libro en una mesa y volvió en seguida.

—Bien, Felicia, Ud. me va a decir si de veras me quiere.

—Y eso ¿por qué lo pregunta? ¿Necesita que yo le repita...?

—Sí... Ahora no se ría ni tome a mal esta otra pregunta...

—¿Con qué irá a salir?

—¿La amo a Ud? ¿Cree Ud. de veras que la quiero?

Felicia lo miró de pies a cabeza con el asombro pintado en el rostro, y después de un corto silencio contestó:

—Eso, si Ud. lo ignora, ¿quién lo puede saber? ¿Pero qué es ese interrogatorio tan desatinado?

Luis, sin referirse a la última pregunta, y siguiendo el hilo de sus ideas, dijo:

—Usted me ayudará a averiguarlo.

—¡Cómo, yo...! ¡Qué raro es Ud., Luis! ¿Yo

debo entrar en averiguaciones que únicamente usted puede hacer? ¿Y cómo?

—Sí, Ud., contestando a mis preguntas.

—Veamos a donde va a parar. Pregunte, pues...

—Oigame con atención. Estoy aquí contento, experimentando sólo de verla tan cerca de mí, un placer divino...

—Ya comienza Ud. a exagerar. Así como lo dice no se lo creo.

—¿Por qué no? Es la verdad pura. No miento jamás, no puedo: prefiero la verdad aun en contra mía. Lo que acaba de oirme es muy cierto, y está pobremente explicado. Pero déjeme concluir, recuerde que Ud. tiene el compromiso contraído de contestar a mis preguntas.

—Sí, pero no he renunciado a comentarlas.

—Me voy de su lado y me llevo su imagen y sus expresiones y el timbre de su voz y sus gestos dentro de mí; y la viva esperanza de volverla a ver, que es una ansiedad aceptable.

—Um... ¡Cuánta cosa! ¡Qué feliz sería yo!...

—Si se pasa un día y no la veo, ya estoy molesto, inquieto, receloso, y sufro. No quiero penas de amores y mi primer deseo es quitármelas de encima. ¿Cómo? ¿En dónde está la medicina que me cura? Sé lo que debo hacer y en dónde está el remedio...

—¡No sea ocurrente, qué voy a creerle!

—Me ha dejado sin concluir...

—Pues siga...

—La medicina es Ud., que cura mis padecimientos en seguida. La veo, me tranquilizo; le hablo, me alegro; me dice Ud. cualquier cosa de las muchas buenas que sabe decir, soy feliz. Mientras no es así, enfermo. Y nada me agrada sino...

—Calle, calle. ¿De veras? ¡Qué facilidad la suya para arreglar una pasión de amor con palabras! Y, sin embargo, ¿cuánto estuvo Ud. sin venir desde el día primero que salió a la calle?

—¿De modo que Ud. cree que experimento una pasión por Ud. o que la finjo con buenas palabras? Pues aquí era a donde yo quería llegar, y aquí viene a propósito mi pregunta anterior: ¿La amo de veras?

—¡Así como Ud. lo dice, no lo creo; ojalá no mintieran sus frases! Exclamó Felicia.

—¡Ah, entonces no andamos desacordes...! He pensado esta tarde sobre esto; y cavilando resolví el problema así: Que no la amo, que soy yo quien se quiere muchísimo y busca para sí lo mejor. Y usted es lo mejor...

—Pero... ¿Está trastornándose Ud?... Dijo Felicia confusa, poniéndose de pie e irguiendo el flexible cuerpo como se endereza el junco después que el viento pasa sobre él.

Luis no agregó más palabra, saludó como si tal

cosa, y siendo ya oscuro se retiró, dejando la pobre alma de aquella niña en congoja y airada, mientras él se perdía en la penumbra de la acera opuesta, seguro de que, efectivamente, no amaba a Felicia, sino que su encantadora muchacha le era necesaria para ser feliz, y que, por consiguiente, él sólo a sí mismo se amaba; era, pues, un egoísta. Y conforme andaba siguió pensando:—He allí una idea que al principio me repugnó. Ser egoísta me hubiera parecido ser un miserable; pero el pensamiento me lleva lejos. Mi juventud está llena de amor: mi madre, mi novia, mi hermana, mi amigo me tienen preso en mallas sutilísimas, dulces como los hilos de la miel, claras y brillantes cual los rayos del sol, fuertes como hebras de acero. Cuatro seres que forman mi pequeño mundo, pero entregado a ellos con grandeza de alma, creo el bien en derredor mío... Manchar las canas de mi madre que me ha formado, vileza es que no anidará jamás en mi pecho... Lo cual basta a hacer de mí un caballero cruzado rendido a los pies de mi dama, un hermano tierno y un amigo leal. Y todo eso es amor. ¡Y amor es egoísmo!... Pues viva el egoísmo que es el amor. ¿Me comprendería Felicia? Es claro. ¿Cómo no iba a comprenderme, si su alma se identifica con la mía? ¿Y si no me ha comprendido?... Fuí cruel, porque sé que me ama con amor no desmentido, y brutalmente le he dicho que no la quiero. No, no

me comprendió: vi temblar sus labios de granate al despedirse, y su mirada se oscureció. La he affigido, llorará y llorará por mí. ¿O llorará por ella misma, porque pensará que no me vuelve a ver? Malo: amor es dolor también. Lo sé: ¡cómo sufrieron mi madre y mi hermana durante mi enfermedad! ¡Y ella, Felicia!... Si amamos lloramos de alegría y a menudo de dolor. Seamos fuertes. Pero ¿qué fuerzas pido para tres seres débiles, que se confortan con mis ternuras y caricias, si me encargo yo mismo de maltratarlos? Esta idea me hace padecer. No quiero penas. Debo hacer como el sol, como el inmenso sol que hoy me deslumbró: desvanecer las sombras de la tristeza, y traer el alba para los corazones que me aman. Ya entiendo: el amor es el egoísmo *armónico*, y éste es la filantropía. Por eso deseo bienes para todo el mundo, por eso no quiero ser rama seca, sino rama que alimenta y embellece cuantas hojas y frutos le caben.

V

La señorita, al despedirse su novio, cerró la vidriera, corrió las cortinas blancas y, pensativa, abandonó la sala. Su padre acababa de entrar en la oficina.

La escena no era distinta de otras que había sufrido, pensaba ella:—Quizá no acabará mal esto, porque siempre vuelve alegre a decirme que me ama; pero mientras, debo sufrir con más paciencia que el Santo Job. ¡Que si él me quiere! ¡Vaya una pregunta discreta! Y si él no lo sabe ¿quién lo va a saber? De veras que las mujeres somos tontas. Nos enamoramos como gitanas y aguantamos como indias... Y ese modo de irse... Yo sé que él tiene sus ideas, que es amigo de proponerse problemas y de esforzarse por resolverlos; pero allá sus problemas filosóficos, no venga a enredarlos con nuestro amor para amargarlo y resultar yo el pato de la fiesta. ¡Con razón dijo el otro día aquella señora a mi mamá, que Luis tenía algo de loco! Sé que no lo es; claro está; pero si delante de personas que no lo conocen se pone a decir cosas semejantes, se explica que las antipatías y la envidia le encuentran carne para cebarse. Todos no tienen obligación de conocer su alma, ni menos de tolerarle sus rarezas. ¡Curiosa manera de decir las cosas! ¡Que no puede vivir sin mí, que no me ama! ¿Quién entiende esas contradicciones? Con todo, así le quiero, y estoy segura de que me quiere... ¡Y si fuera éste el principio de un plan para obligarme a calabacearlo o para huir de mi lado! No... no puede ser. Más buena de como he sido con él...

A este punto llegaba de sus reflexiones cuando

recordó la novelita que había dejado en la sala, y fué por ella; mas al volver al zaguán, se abrió la puerta de la oficina y apareció su padre con el rostro acedado. La niña se detuvo, y el caballero exclamó:

—¡Ah, eres tú! ¿Con quién estabas en la ventana? Con él ¿verdad? Ya he dicho que prefiero que lo pases adelante; nunca se le ha negado la entrada a ese joven. El papel que Uds. hacen es ridículo e impropio. Ya se lo dije el otro día a tu mamá. No me gustan esos escarceos amorosos en las ventanas de la calle, al obscurecer; ni a ninguna hora.

Felicia oyó la reprimenda con los ojos bajos, sin replicar; y apenas su padre penetró de nuevo en su oficina, torturada por sus pensamientos, se fué llorosa a su alcoba, a buscar consuelo en la lectura del libro, porque esta ocupación le parecía como seguir conversando con su novio, ya que la obra era elegida por él, y seguramente entre las que más lo conmovieron y, por consiguiente, mejor reflejaría las delicadezas y los defectos del joven.





UN PASEO

I

fRENTE al edificio se extendían los sembrados hasta los montes cuyas eminencias y escabrosidades resaltaban a pesar de la distancia, iluminadas por el resplandor del sol que iba silencioso en busca de su lecho de nubes abigarradas, caprichosamente dispuestas simulando lagos, playas, horizontes marinos, volcanes en erupción, animales dantescos. Detrás se extendía la planicie como una esmeralda pálida engastada entre la arboleda y el camino; la fronda era de color verde oscuro; los rayos del sol agujereábanla, y sobre las hojas y las hierbas del suelo pintaban encajes de luz y sombra. La carretera, llena de carriles y de

polvo, solitaria, parecía arrastrar por la orilla, siguiendo sus ondulaciones, los postes del telégrafo, amarrados unos a otros con alambre por los brillantes aisladores verdes.

En medio potrero, entre una hilera de árboles descollaba uno de mango, copudo, a cuyo pie el ganado se acogía si el sol picaba fuerte o cuando en la estación lluviosa se desplomaban los grandes aguaceros. Visto de lejos semejaba la cúpula de inmensa catedral; y la tropa de jóvenes, que cabe su tronco grueso y bajo su fronda protectora holgaba, parecía una rueda de enanillos alegres danzando entusiasmados.

No pudieron escoger mejor lugar para el paseo, ni mejor día. El paisaje era bellissimo, y la casa muy cómoda. La ocurrencia fué feliz. La prima de Felicia sugirió la idea, y las muchachas encabezaron el plan e hicieron la lista de invitados. Cada cual debía poner algo: ellas se encargaron de preparar los almuerzos: lomo frío, tamales, pan, huevos duros, frijoles; ellos, de llevar los vehículos, la música y los vinos. A las seis de la mañana reuniéronse los más entusiastas en casa de Felicia. El primer coche que llegó fué a recoger a los retrasados. Cuando volvió con las señoritas y caballeros dormilones, una salva de aplausos de los jóvenes que esperaban resonó en la puerta. Sólo faltaban unos cuatro invitados, entre ellos, Luis, que irían a caballo con los músicos. Las

señoras se acomodaron primero; después las hijas y por último los varones: hubo sitio suficiente en los carruajes. Dos mozos pusieron los comestibles en los pescantes, y casi a las ocho partió la caravana. Rodaron los vehículos por los empedrados metiendo gran ruido; pero había pocos transeuntes que se alarmasen en las calles escogidas para salir de la ciudad, y, además, muy pronto estuvieron extramuros. A medio día arribó a la quinta el último coche, porque el mal estado del camino y la desigual fortaleza de las bestias de tiro distanciaron la caravana. Los de a caballo, los primeros que llegaron a la hacienda, esperaban hacía ya dos horas. Pero no habían perdido el tiempo, pues apenas vieron el frondoso mango, allá transportaron unos cajones, dos tinajas de agua, los vinos, las cajitas de galletas; y luego armaron una tienda de campaña con lona, que en la bodega halló Luis, y que el *mandador* de la finca puso a la disposición. Una vez todos juntos se pensó en banquetear. Las damas dejaron en una habitación los pañolones, cubriéronse la cabeza con sombreros de grandes alas, y se encaminó la gente al dichoso árbol, distribuida en grupos; y era de ver en la sabana relucir al sol las sombrillas y los paraguas, como manchas movibles de colores, que poco a poco iban acercándose a la tienda.

De pronto rompió la pequeña orquesta con una

marcha; los acordes se perdían en aquella soledad y llegaban apagados a los últimos grupos.

El almuerzo abundante, les satisfizo; y duró, entre charlas, música y bromas, hasta las tres. A esa hora comenzaron a bailar sobre la alfombra de hierba; y aunque al principio tropezaron en las macollas del zacate, pronto las zuelas lucias se deslizaron fácilmente.

La esplendidez de la tarde convidaba al jolgorio. El mango majestuoso, teñida de amarillo la copa, mostrando sus ramillas tiernas, rojizas como patas de rey de picudo, y su recto y ennegrecido tronco, parecía orgulloso de la vida que brotaba a su alrededor.

Mientras la turba juvenil danzaba o jugaba en el prado, Felicia y Luis, después de bailar bastante, alejándose despacio a la arboleda misteriosa en donde, antes que ellos, algunas señoras de edad, en busca del agua cuyo murmurio oían se internaron hasta llegar al borde de un precipicio: en el fondo, el río quebraba su cristal en las piedras.

No muy distante del precipicio, las señoras vieron a la pareja de enamorados descendiendo un repecho escabroso. Aquietáronse entonces para observarla.

La pareja llegó a una playita, buscó asiento tras el peñón, y, creyéndose a solas, la niña dijo, continuando la conversación que traían:

—Es verdad, Luis, le creo. Los hombres son muy egoístas y por eso recogen dicha y nosotras sinsabores.

—No; no es el egoísmo a que me refiero el que crea sinsabores solamente y excluye la dicha de los demás. Es el que busca y encuentra su felicidad aliviando las desventuras ajenas.

—No comprendo.

—Lo entenderá. Hace un rato, en el potrero, atrajo nuestra curiosidad aquel abejón de élitros atornasolados; el animalillo tenía a modo de una espina en la cabeza y resplandecía su coraza como una piedra preciosa.

—Sí, ¡qué bonito!

—Pues era el macho. La hembra no tiene ese adorno o defensa, es de color menos subido y más pequeña. En la Naturaleza, exceptuando a las arañas y algún otro animalillo, los machos son más bellos.

—Menos el hombre. Interrumpió ella con gran coquetería. Él sonrió asintiendo cortésmente, y envolviéndola en una mirada de amor, preguntóle:

—¿Quién hace la excepción?

—La Naturaleza y ustedes mismos; se apresuró a replicar la joven. — La Venus de Milo, que conocí en París, es una preciosa estatua que simboliza la belleza femenina; y es la belleza que seduce a los artistas y la que no tiene rival.

—Concedido, porque no podemos ser Narcisos. ¿Conoce la leyenda de Narciso?... Pero los artistas... Los artistas ha dicho usted, y es verdad; buscando su contento hicieron una diosa de la mujer y le han ofrendado las más lindas flores de su fantasía masculina. El hombre se quiere mucho y por eso eleva a la mujer. Se quiere más que todo, y nada supera ese amor que se manifiesta en cuanto hace... Y cada uno, hombres y mujeres, es lo mismo...

La joven quiso protestar; pero él, sin darle tiempo, se acercó al oído de ella, y con acento apasionado, le dijo:

—¿Me ama usted de veras?

—Usted sabe que sí. ¡Lo sabe de sobra...! Bajó la cabeza, y con los pulgares e índices púsose a plegar el pañuelo de batista.

—Y ¿cómo me probaría usted que me ama? ¿Cómo sabe que me ama?

—Porque sufro por usted.

—Esto es, si no me ve, si piensa que no vuelvo, que estoy enfermo, usted sufre. ¿Le gusta sufrir? Porque hay personas para quienes el sufrimiento constituye un...

—Claro que no, prefiero sentirme feliz, tal como hoy.

—Y ¿cómo se alivia cuando sufre por mí?

—Sólo con que usted se porte bien, que esté sano, que nos veamos...

—Pues... Entonces... quien busca desalojar penas del alma y cambiarlas en goce es usted. ¿No es así? Luego usted es la que se quiere; yo ocupo lugar secundario, vengo a ser la medicina y el juguete. Ahí tiene por qué aquella tarde le dije que no la quería; y que usted tampoco me amaba a mí. ¡Y tanto que se afligió usted...! ¿Recuerda?

—Podía no: y hasta me regañaron después...

—Pero nuestra conversación no significa que Dios no nos tenga reservados el uno para el otro, que usted no sea mi anhelo. Y le cogió amorosamente las manos y se las besó con indefinible emoción. Después le pasó el brazo por la cintura...

Las señoras, que apenas oían la conversación, se volvieron a mirar cual si aquel remate lo hubiesen pacientemente esperado, y con fuerza tosieron, casi a un tiempo.

La pareja miró en derredor, sobresaltada; se levantó como movida por un resorte y subió el repecho, a prisa, para juntarse otra vez a sus compañeros.

II

—¿Nos habrá visto alguien? Dijo Felicia azorada, en tanto subían la cuesta.

—No lo creo; contestó Luis. El lugar está ocul-

to por la peña y muy bajo. El ruido vino de lo alto, del bosque, y fué quizás el eco de la bulla que están haciendo los muchachos en el potrero o de algunos que entraban en ese momento en la arboleda. Se oyó lejano.

—¡Por Dios, nos han visto!... ¿Qué hago? Oí el ruido sobre nuestras propias cabezas, y como hecho de propósito para interrumpirnos.

—¿Qué hace? Nada, Felicia, callar. Pero no creo que hubiera gentes en la cumbre del precipicio, por lo peligroso. En los bosques siempre se producen ruidos extraños. Hay animales que fingen voces, y el mismo viento en las ramas...

Un ave pequeña se desprendió como una saeta de un árbol, y siguió el curso del río silbando distintamente: toledo, toledo... La niña, estremeciéndose, dió un saltito y exclamó:—¡Me ha dejado muerta ese pájaro!

—Ya ve usted. Está nerviosa; recobre la calma. Nadie nos ha oído ni nos ha visto.

—¿Usted cree de veras que no nos han visto? ¡Ay, sí, sí nos vieron! ¿Qué hacemos?

—Nada, Felicia, nada. No nos han visto; pero si desgraciadamente tuviera usted razón ¿cuál es nuestro delito?... Un beso en sus...

—¡Sí, un beso...!

—Un beso en sus manos ¿a quién puede ofender? Besa el pobre la mano que mitiga su hambre.

El agradecido sella con sus labios la mano de quien lo consuela o le ha prestado otros servicios. El amor tímido y respetuoso deposita un beso en la yema de los dedos del ser amado.

—Pero nosotros nos alejamos del potrero y nos fuimos a esconder bajo las frondas y a apagar nuestras voces con el murmullo del río... ¡Dios Santo, no sé qué va a ocurrir! La murmuración va a despedazarnos. ¡Y si llega a oídos de mis padres, me encomiendo a Dios!

—Felicía, tranquilícese. Su alma pura está a cubierto de la calumnia. Sin hacer juicios temerarios nadie podrá agregar una palabra a lo que hubiere visto u oído. Y ¿acaso sólo nosotros hemos amado; acaso sólo nosotros nos amamos?

Cuando Felicia y Luis salieron a la llanura, el frondoso mango cobijaba todavía un grupo de personas. Otros dirigíanse a la casa. Y los músicos ejecutaban un vals de moda, vertiginoso, que aprovechaban bailando algunas parejas.

III

A pesar de su aparente serenidad y de los argumentos que opuso a la congoja de su amada, comprendió que alguien los había acechado, y no las

tenía todas consigo. Recelaba por él y por su linda compañera. ¿Qué podría ocurrir? Lo ignoraba. De lo que sí estaba seguro era de no poder parar la bola de nieve, que, rodando, rodando se convertiría en alud presto a caerles encima y no ciertamente para favorecer su dicha. Cariatocido se puso a bailar con Felicia. Apenas podían llevar el compás; hablaban poco, entregados a sus reflexiones; y sin iniciativa, seguían a las parejas felices que en torno danzaban, repitiendo como autómatas lo que hacían los demás, sin atreverse a mirar hacia la arboleda, temerosos de ver salir la murmuración en forma de seres humanos sin caridad, y alegres, para triste contraste con su estado de ánimo. Y al fin la vieron salir: eran tres señoras feas, así les parecieron, que en animada conversación, enfilaban los ojos al mango, unos ojos acusadores, de inquisidor. Indudablemente los buscaban para curiosear ávidas sus semblantes.

Las señoras tardaron algo más que ellos para atravesar el bosque, ya que no tenían por qué huir, y su edad y condición impedíales andar a prisa entre ramas secas, depresiones y montículos del suelo. Hablaban sin compasión, cual si nunca hubieran sido muchachas, cual si jamás hubieran sentido su pecho palpitar a impulsos del cosquilleo perturbador y deleitoso de Cupido.

Decía la más añosa:

—¡Qué audacia, qué impudor!

Y agregó una que vestía el rollo de sus carnes flojas con falda color de pavo real:

—Eso se saca siempre de estos paseos. Se le da rienda suelta a la juventud y es como si acercasen al fuego paja. ¡Y gracias que nos oyeron, que si no, Dios sabe a qué extremos hubieran llegado!

—¡Quién iba a creerlo de esa mosquita muerta! Y ese atrevido, llevársela tan lejos y solos, solos... Dijo la primera.

—Por eso, repuso la segunda—yo no dejo las mías un instante y les recomiendo sin cesar que no se aparten mucho de mi lado. ¡Que alcanzamos unos tiempos en que no puede una fiarse de nadie! ¡Qué distintos los nuestros! A nosotras nos educaron de otra manera. Me acuerdo que ni a la puerta salíamos sin permiso. Después se quejan de la inmoralidad que cunde.

—No lo hubiera creído nunca de Luis, tan caballeroso que parecía el muy hipocritón. ¡Y tiene labia para prostituir a una niña! Acentuó la mayor con intención malévol.

—Debemos andar con tiento. A mí se me quitó ya el gusto. ¡Y la madre de Felicia tan tranquila y descuidada! Allá está como si tal cosa. Eso les pasa por no velar. Creo que debemos decírselo para que ponga ojo y pare la oreja.

—Yo no. ¡Buena estoy para decírselo! Esas co-

sas son muy delicadas y podría creer que lo hago por quitarle el novio a su hija para una de las mías. Y luego ¡qué escándalo armaríamos aquí!

—Es un cargo de conciencia el que tenemos y un deber de amistad. Sólo por lo del escándalo lo pienso, porque aquí estamos nosotras también y mañana nos enredarían a todas sin hacer distingos.

—Pues repito que no llevo semejante noticia. Contémosela a su mejor amiga, que aquí está, en gran secreto, y que ella le trasmita el notición. Así descargamos la conciencia.

Entonces la señora, de las tres, que había permanecido en silencio durante el diálogo, moviendo negativamente la cabeza, dijo con cierto fastidio:

—No agüemos la fiesta que ha estado tan bonita. No inquietemos a nadie. Sírvanos esto de ejemplo para estar ojo avizor. Y, después de todo, ni la conversación ni el beso en la mano, tal como han pasado, dan para tanto. Tal vez otras parejas, sin ocultarse tras las peñas y aprovechando nuestras distracciones, en las vueltas del vals se habrán besado, y sin respetos para colocarse las manos en la cintura, se habrán estrechado con calor. Sí, cuídemos de nuestras hijas, estoy en eso con ustedes, guardémoslas del fuego de la juventud sin escrúpulos, y ya está. No haya más alharaca.

—Primero que todo, no debes juzgar inconsideradamente a las que bailan, que no se han ido a

refugiar en la soledad para divertirse. Siquiera no han sido sorprendidas en nada inconveniente. Mientras...

—¡Bah! Como si el amor no fuera hábil y no conociéramos sus tretas.

—Pero, hija, ¡qué conformidad la tuya! Te aseguro que con ese modo de pensar, alientos pierden esos desfachatados. Parece que no te importan semejantes manifestaciones. Olvidas que tienes mujeres en tu hogar...

—No lo olvido; y precisamente por eso y porque le tengo horror a las caídas y a las malas lenguas...

—Pues, no te entiendo; dijo la de falda verde, que había escuchado con sonrisita burlona.

Y como a la sazón llegaban al corpulento mango, separáronse para ir cada cual a cumplir sus deberes de tiernas y celosas mamás. Pero las dos señoras que sostuvieron el diálogo al principio, quedaron un momento juntas, y no perdieron la oportunidad de cerrarlo así:

—¿Has visto que libre y consentidora?... Si lo ocurrido hubiera sido a una hija de ella, los perdona, ¡ah! los perdona.

IV

Los disgustos hubieran sido menores desvanecidos en el tiempo. Mas la lengua que el corazón no ata, produce el efecto del peine encantado: arránjalo en el camino para detener al perseguidor, y crece, crece convirtiéndose en zarzales y espineros.

Las señoras intransigentes, dueñas de tamaño secreto, no resistieron a la tentación de aliviar su conciencia: soltaron el escándalo adornado con fingidas lástimas y reservas hipócritas. Los enterados miraban a Felicia y a Luis con suma curiosidad y añadían hirientes o picantes comentarios a la historia romántica del beso y del abrazo. Los novios se recataban corridos y atribulados, igual que si de improviso caras extrañas asomando por entre el follaje los hubieran sorprendido bañándose en un río. A ella, cuyo único deseo era encerrarse en su alcoba bajo llave, le pareció prudente arrimarse a su mamá, que iba camino de la casa. Él, una vez solo, reflexionó si sería lo mejor ensillar su caballo y partir; le detuvo momentáneamente la idea del desamparo en que dejaba a Felicia, pero al fin montó y echó a galope tendido carretera abajo, hasta perder de vista la hacienda. Después puso al paso su cabalgadura, y recordó que no se había

despedido, lo cual podría clavar mala espina a la madre de su novia.

Las estrellas surgían poco a poco en el firmamento. El sosiego del campo y la brisa fresca que musitaba en las hojas levantaron el espíritu del mancebo. Parecíale ahora que se había amilanado por suceso de poca monta. ¿Todos los novios no se besan a hurtadillas? ¡Bien lo sabía! Lo malo eran las lenguas... A él qué... ¡pero a ella...! Bien comprendía que la murmuración no tiene misericordia, es inexorable: que el trueno había estallado y la tempestad se desbordaría sobre Felicia: que corta y azarosa, sin poderlo remediar, es la existencia, y que, sabiéndolo, la humanidad no escatima, en su pequeñez, las gotas de hiel que, si quisiera, no amargarían más la vida.

Tal arte y premura se dieron las dos señoras, que la amiga de la madre de Felicia supo, apenas llegaron a la casa quinta, cuanto ellas tuvieron por necesario desembucharle; y la impulsaron también con breves y convincentes razones a cumplir acuciosa su deber de amistad. Por eso fué en seguida, y no bastó a disuadirla el ver a la joven, con cara de Dolorosa, prendida a la mamá. Se dió trazas y las separó llevándose aparte misteriosamente, de bracero, a la madre, y dejando al ángel con las alas abatidas.

La noche apacible se avecinaba. Limpio el cielo

prometía a los paseantes un retorno a la ciudad, alegre y sin tropiezos. El potrero no escuchaba ya las dulces vibraciones de los instrumentos musicales; ni el coposo mango, los gritos de júbilo y los cantos de entusiasmo; ni sentía el zacate la holladura voluptuosa de los pies de las bailarinas. La soledad y la sombra habían recuperado sus dominios. La gente alborotaba en la casa, apercibiéndose sin prisa para abandonarla, pues hubiérales sido muy grato continuar divirtiéndose hasta el amanecer.

La amiga comenzó a media voz y con lentitud para encaminar la conversación cuidadosamente a lo sustancial.

—¿Cómo has pasado el día?

—Bien. ¿Y tú? Dijo la madre de Felicia devolviéndole la atención.

—Así, así.

—¿Has estado muy contenta? ¿Te ha parecido bonito el paseo? Preguntó de nuevo la amiga.

—Sí, bastante.

—Es penoso pasar violentamente del contento al pesar.

—Lo creo. ¿Por qué lo dices?

—Porque así es la vida. Y cuanto más felices somos, más duros son los golpes que recibimos.

—Estás lúgubre. ¿Te pasa algo? Interrogó con simpatía e interés la madre de Felicia.

—A mí no, no. Es difícil explicar ciertas cosas.

—¿Cuáles? ¿Qué ha sucedido?

—Las que nos amargan o han de amargarnos los ratillos de dicha.

—Pues ¿qué ha pasado? Preguntó con mayor interés y visible emoción la madre de Felicia.

—No te apures.

—Entonces, ¿de veras ocurre algo grave?

—Pues...

—¡Y es a mí...!

—No te alarmes.

—Explícate, que tus preámbulos me martirizan.

—Me da temor hablar de ciertas cosas porque podrías tomarlas a mal.

—Pero ¿de qué enigma se trata?

—Temo hablar; si no creyera que tal vez te ofenderías... Pero nuestra amistad me obliga...

—Cada vez excitas más mi ansiedad.

—Algo que te importa debo comunicarte... pero pienso que algunas veces queriendo una hacer bien puede caer mal.

—Di.

—¡Quién sabe si después de decirte lo que me impone mi deber de amiga ya no me estimarás...!

—¿Qué puede ser? ¡No será algo inconveniente...!

—Esa es mi duda.

—Entonces, si dudabas, si creías hacer mal, no debiste haberme puesto en este trance.

—Bien, te voy a contar lo que vieron hoy...

—¿Qué, qué?... ¡Por Dios, me estoy muriendo de congoja y disgusto!

—Sabes cuánto te quiero, y que te deseo toda clase de bienes... y que por eso me arriesgo a arrostrar...

—Sí, sí: lo sé.

—Que soy leal, y precisamente por serlo corro la ventura de que me pongas mala cara. Pero debo decírtelo si soy tu verdadera amiga. En la tarde sorprendieron junto al río, en el bosque, a Felicia y a Luis abrazándose y besándose.

—¡Cómo! ¿Cómo puede ser eso? Imposible. ¿Quién ha inventado semejante cosa? ¡Dios santo! ¿Y eres tú la encargada de traerme esa calumnia?...

—Niña, no es calumnia. Te has puesto pálida y temblorosa. Cobra ánimo, no te acobardes; ten calma un momento, voy a concluir.

—Sí, concluye ¡por Dios! que no puedo tenerme en pie.

—No te acongojes tanto, querida. Dicen que fué un beso en la mano, en los dedos, y sólo uno, porque las personas que me lo contaron estuvieron presentes del principio al fin y lo oyeron y vieron todo.

—Pero ¿qué es todo?

—Pues eso, lo que te he contado.

—¿Y el abrazo?

—No concluyó de dárselo porque los interrumpieron; y no ha habido más. Tómallo por cierto, no ha habido más nada.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Como que quienes los sorprendieron estaban ocultas tras la peña del río.

—¡Qué horror! ¿Y todos ya sabrán...?

—No, solamente nosotras.

—¿Cómo, nosotras? Si me estás diciendo que te lo contaron.

—Pues digo, sólo tres personas más.

—¡Qué horror! Pero, esa muchacha ¿qué andaba haciendo en la arboleda?

—Pues él, que se la llevó, Luis. Pero toma aliento, valor. Si eso no es tan grave. ¡Cuántas han hecho lo mismo!... Un beso... y en la mano: eso es muy común. Te lo he contado porque era mi deber ponerte sobre aviso. ¿Para qué serviríamos entonces las amigas?

—Sí, tienes razón, ¿para qué servirían?...

—Ya ves, te has disgustado conmigo.

—No, ¿por qué? Al contrario. Debo agradecer un servicio tan oportuno. Así hablando acercábanse a un escaño antiguo, con espaldar lleno de labraduras, del amplio corredor.

—Siéntate aquí. ¿Llamo a Felicia para que te acompañe?

- Sí, gracias, llámala y déjame con ella.
—Creí que era mi deber de amiga imponerte...
—Sí, gracias, gracias.

V

Desde que la llamaron comprendió su situación. Y aquella criatura que tenía el espíritu contristado, se armó de valor y respetuosamente acudió a su madre. Al verla pálida y temblorosa pasóle un brazo por la espalda en ademán de sostenerla, y contestó trémula a las miradas de sentimiento y reproche, con palabras a media voz, expresadas en el tono más sumiso y angelical:

—Perdón, mamacita, perdón.

La madre, esquivando las miradas importunas, fué a refugiarse con su hija en un cuarto solitario. Atrancó por dentro, cubrióse la cara con las manos, y prorrumpiendo en sollozos se echó encima de una vieja cama sin colchones. Felicia, llorando como una Magdalena, apartó blandamente de la cara de su madre, las manos, la besó repetidas veces y exclamó:

—¿Qué te han dicho, mamá?

La madre la retiró sin desabrimiento y le contestó con sequedad: